

Mujeres: Limitaciones supuestas vs capacidades reales

Women: Limitations so-called vs actual capabilities

Hernán Eduardo Díaz Rubiano

Máster en Docencia, Universidad de La Salle - Colombia

E-mail: unbogotano@hotmail.com

Fecha de recepción: Enero 2016

Fecha de aceptación: Marzo 2016

Resumen

Las acciones de solidaridad, cuidado y reconocimiento del otro, que generalmente son asumidas por las mujeres por la demarcación de roles dentro de la familia, son vistas muchas veces como debilidades más que como capacidades. Esta situación limita las posibilidades de realización plena tanto en lo familiar como en lo laboral y las pone en desventaja frente a los hombres, exclusivamente por el solo hecho de ser mujeres.

Los conceptos de virtud, cuidado y capacidad se tejen en este texto con las vivencias de una maestra que busca realizarse profesionalmente al mismo tiempo que disfruta con plenitud de su rol de madre y esposa.

Palabras clave: Capacidades, cuidado, inequidad de género, virtud, esclavitud femenina.

Abstract

Actions of solidarity, care and recognition of the other, which are usually taken by women for the demarcation of roles within the family, are often seen as weaknesses rather than as capabilities. This situation limits the possibilities of full preparation both in family and in terms of work and puts them at a disadvantage against the men, exclusively by the mere fact of being women. The concepts of virtue, care and capacity are woven into this text with the experiences of unamaestra who are looking for professionally at the same time enjoying with fullness of her role as mother and wife.

Key words: Capabilities, care, inequality of gender, virtue, female slavery.

El presente artículo propone una reflexión sobre las capacidades con las que las mujeres enfrentan la inequidad de género que coarta sus posibilidades de realización como madres, esposas y profesionales, inequidad que se manifiesta en la idea de la supuesta debilidad de las mujeres y la limitación que esta implica en la atención de sus intereses laborales y familiares. El problema de pensar a las mujeres como débiles y limitadas porque se orientan más que los hombres al cuidado y la identificación del otro, implica para ellas una desventaja constante en la satisfacción de sus intereses frente a los hombres que socialmente son vistos como más fuertes y más capaces. Este ejercicio de reflexión está articulado con las vivencias de una mujer joven del Valle del Cauca, una docente talentosa que quiere aportar a la transformación educativa y que se esfuerza por atender a su familia sin renunciar a sus sueños de maestra; a partir de las vivencias de Ana Julia se resalta la necesidad de reconocer el cuidado y la relaciones como capacidades no como limitaciones.

Para la discusión sobre este problema se contrastan las ideas sobre la virtud en perspectiva de Aristóteles con las ideas sobre debilidad y limitación que denunció Mill y que aun afectan las posibilidades de realización de muchas mujeres. Se contrastan también las ideas de raíz Kantiana sobre el formalismo moral con las que Kohlberg aísla a las mujeres en su modelo de desarrollo, con las ideas sobre la identificación del otro, propuestas por Gilligan en su ética del cuidado. Se concluye el texto con una mirada a la formulación del enfoque de capacidades de Nussbaum que identifica la pobreza y desigualdad como la principal fuente de desconocimiento de las capacidades humanas centrales de las mujeres.

¿Quedarse en casa o salir a vivir otras formas de realización?. La balanza de la virtud

Ana Julia es una maestra que vive en Cali. Desde la infancia soñó con ser educadora, con atender a muchos niños en el aula y con acompañarlos en sus procesos de crecimiento intelectual físico y emocional. Estudió licenciatura en Educación preescolar y pronto comenzó a ejercer como docente en un jardín. Ana Julia también es mamá y esposa. En el año 2010 contrajo matrimonio y 2 años después nació su hija. Atender a su familia y las ocupaciones de su casa es una forma de compartir afecto y de sentir satisfacción, y como muchas madres y profesionales de hoy en día, compagina sus labores del hogar con las actividades de su profesión; porque Ana Julia ha decidido integrar en su experiencia de vida la realización como mujer en lo laboral y en lo profesional.

En la sonrisa cálida y la apariencia dinámica de Ana Julia no se evidencia el esfuerzo cotidiano que supone la búsqueda de equilibrio entre dos ocupaciones que por sí solas significan trabajo para varias personas: levantarse antes que todos los familiares para preparar alimentos, ocuparse de los hijos para que vayan a estudiar, muchas veces ocuparse también de la preparación de la ropa de su esposo, dejar los hijos en el colegio, continuar en transporte público para llegar a la institución educativa, lidiar con las exigencias de la vida del aula y con condiciones de desigualdad en la remuneración cuando por lo general realiza labores iguales a la que desempeñan los hombres; regresar a casa donde la esperan las tareas de los hijos, habitaciones en desorden, el arreglo de la ropa, y la preparación de más alimentos; destinar tiempo para compartir un poco de diálogo con familia y nuevamente quedarse despierta hasta tarde cuando los demás duermen, completando labores para que funcione

la vida del hogar.

Algunos observadores podrían decir que las luchas cotidianas de Ana Julia y miles de mujeres colombianas son la demostración del esfuerzo, del tesón y de la virtud; otros alegarían que son “cosas de mujeres” porque ellas son las encargadas del hogar, que ser madres es una limitante que impide trabajar, que es responsabilidad de la esposa atender a la familia y que bien podrían dejarle el trabajo a los hombres. Y en realidad las mujeres pueden optar por postergar la realización de algunas aspiraciones por atender otras, o pueden oponerse a las ideas de esclavitud que equipara el ser mujer con estar en desventaja y demostrar que es una virtud la búsqueda del equilibrio entre la realización laboral y familiar.

Esta es la decisión que tomó Ana Julia. En un acto de valentía determinó que podía dar un paso adelante en su realización como docente y que al mismo tiempo podría aportar al bienestar de los suyos. Después de 10 años de trabajar en distintas instituciones de Cali, Ana Julia sintió que había algo más para hacer en educación. Concurrió por un cupo para ser tutora del Programa Todos a Aprender, contestó pruebas, envió documentos y gracias a su mérito quedó habilitada como formadora de formadores. La satisfacción por una nueva perspectiva profesional se tornó en angustia por una condición de tipo familiar: Ser tutora del Programa para la Transformación de la Calidad Educativa del Ministerio de Educación le significaba abandonar su hogar por periodos de quince días, porque la vacante no estaba disponible en su propio departamento, tenía que viajar a la costa pacífica de Nariño.

Cuando una mujer enfrenta este tipo de decisiones se pone en relieve la formación del carácter

que desde muy temprano se forja en el hogar. Se aclara que los hombres también forman su carácter en contacto con los familiares, pero las formas tradicionales de pensar los roles de los miembros de la familia implican que las niñas y las adolescentes “deben” lidiar con oficios, exigencias sociales y cambios físicos que las obligan a llegar antes que los varones a pensar y actuar virtuosamente porque, como muestra la cotidianidad, las regulaciones son más exigentes para las mujeres que para los hombres. La virtud en el sentido aristotélico es la costumbre que aleja al ser de las pasiones, “... el hábito por el cual el hombre [la mujer] se hace bueno y gracias al cual realiza bien la obra que le es propia” (Aristóteles, 1999, p. 40). Para Aristóteles la virtud moral no germina naturalmente, es una potencia que se debe formar con el hábito; y el hábito y la tradición le muestran a las niñas que lo bueno para ellas es diferente a lo que es bueno para los niños: quedarse en la casa, hacer los oficios, ayudar con el cuidado de los hermanos, llegar temprano del colegio, cuidar el buen nombre y evitar un embarazo son preocupaciones que la tradición latinoamericana no le carga a los hombres.

Pero esta perspectiva de formación de la virtud en las niñas no se debe leer en tono lastimero pues no es una desventaja, de hecho las familias deberían promover hábitos de colaboración, prudencia, solidaridad y cuidado para que se formen también los niños. En realidad la virtud y el cuidado vistas como debilidad son la manifestación cotidiana de una forma de inequidad con la que la cultura machista ha designado a la mujer como inferior.

Cuando Ana Julia decidió embarcarse en la aventura de apoyar los procesos formativos de una colega que vive y enseña en Iscuandé Nariño, las voces de alarma no se hicieron esperar: ¡eres mujer y esa zona es peligrosa para una mujer!, ¡hay gue-

rrilla, ¿cómo vas a aguantar si tienes que viajar 12 horas en un bus y otras 5 horas en una lancha?!, ¡tú eres mamá no puedes dejar a tu hija por tanto tiempo! (A. Baena, entrevista, 22 de noviembre de 2014). Aunque los riesgos son todos ciertos, no necesariamente son más graves para una mujer, lo que sucede es que en la mente de hombres y mujeres opera la idea del sexo débil, una costumbre muy arraigada que Jhon Stuart Mill denunció en el siglo XIX y que no varía con el paso del tiempo.

Mill afirmó que la idea de que la mujer debe someterse al hombre porque “.. [le] fue entregada ...como esclava ... dada la inferioridad de su fuerza muscular.” (Mill, 1999, p. 20) corresponde a un apego arcaico que en un principio se impuso como obediencia forzosa, y luego se tradujo en una esclavitud en nombre de la costumbre. En este caso la costumbre no tiene el carácter virtuoso de la moral aristotélica, pues Mill mostró en su época que “... el hombre [tenía] derecho a mandar y la mujer [estaba] naturalmente sometida al deber de obediencia...” (Mill, 1999 p. 18), situación en la que no hay nada de bueno, virtuoso o mesurado. Para este filósofo inglés el sometimiento de la mujer es un apriorismo en el que no se ha ensayado un sistema en el que el hombre se someta a la mujer, es una condición derivada de la falta de deliberación sobre la justicia y la utilidad social de una forma de dominación que persiste en una época en la que se supone que las instituciones están basadas en la justicia.

Quien opina que la desigualdad de género es “cosa de mujeres”, o que las ideas de Mill resultan exageradas en la actualidad, debe dar una mirada rápida a las mediciones sobre actividad laboral, uno de los campos en los que se encuentra más inequidad de género. En Colombia la tasa de desempleo en el primer trimestre de 2015 afectó al 13,1%

de las mujeres frente al 7,3% de los hombres; en proporción, en el mismo periodo la ocupación de los hombres se ubicó en un 69,8% frente al 46,2% de las mujeres (Gran encuesta, 2015, p. 2). Estos indicadores son el reflejo de la brecha en la formación para el trabajo que en la última medición disponible (segundo semestre del 2013) ubicó a las mujeres en el 9,3% frente a 10,8% de los hombres (Formación, 2013, p. 2). La distancia porcentual es significativa y en líneas generales permite ver que las mujeres tienen menos oportunidades que los hombres, y que como grupo poblacional, están más afectadas por la pobreza.

Carina Lupica (Dillón, 2015, p. 1), directora del Observatorio para la maternidad, explica que en Argentina los hombres tienen casi el doble de posibilidades de conseguir trabajo frente a las mujeres, que también poseen formación profesional, y resalta dos causas para esta disparidad: Primero las mujeres tienen preferencia por las carreras en artes, humanidades y atención, mientras que los hombres optan por carreras científicas y técnicas, y resalta que

“Las valoraciones sociales hacia lo que se considera masculino o femenino influyen en la orientación de mujeres y hombres hacia profesiones diferentes. Tradicionalmente la ingeniería y las ciencias físico-químicas son consideradas como empleos masculinos, mientras el trabajo de bibliotecarias, enfermeras y docentes (especialmente en la escuela primaria) es juzgado como femenino” (Dillón, 2015, p. 1);

esta distinción se traduce en remuneraciones más bajas para las mujeres y mayor demanda laboral, con la consecuente disminución de las plazas y de los salarios, porque siempre habrá alguien que haga el mismo trabajo por menos dinero. La segunda causa tiene que ver con la maternidad, ya que el cuidado de los hijos en los primeros años si-

que siendo una labor delegada a las madres y abuelas, sobre todo si no se cuenta con recursos para costear los gatos de una guardería.

Es evidente aquí que la inequidad y la exclusión se fundan en ideas erróneas sobre las potencialidades de las mujeres, porque las supuestas limitaciones, son más bien atajos para evitar acciones concretas que garanticen el desarrollo pleno de sus capacidades; este obstáculo impuesto por se constituye en una barrera real, y las limitaciones se materializan en poco acceso a la educación y al trabajo. Y se entiende esta actitud de los hombres que detentan poder en el apriorismo expuesto por Mill, pues a falta de argumentos a favor de la dominación femenina, son buenas las costumbres y tradiciones:

“La inteligencia de la mayoría de los hombres necesita más cultivo... Yo no les reprocho el que no tengan bastante fe en el raciocinio, y en cambio tributen demasiada a la costumbre y la opinión general... consiento en que la costumbre establecida y el sentimiento sean considerados como razones sin réplica, si no hago patente que en esta materia la costumbre y el sentimiento han partido en todo tiempo, no de lo justo, sino de causas muy diferentes y de origen impuro...” (Mill, 1999, p. 19).

Así se puede verificar que carece de fundamento moral la postura machista que convierte los intereses y capacidades de las mujeres en debilidades y desventajas, pues las mujeres pueden desarrollarse con excelencia en campos científicos, artísticos y deportivos con el mismo mérito que los hombres. Puede que las supuestas desventajas de las mujeres se deban más bien a la lectura hegemónica que los hombres hacen sobre sus capacidades, puede ser que la reflexión psicológica y moral, que está dominada por investigadores, haya observado lo femenino usando un lente masculino.

Desde una perspectiva razonable Ana Julia no debía dejar la estabilidad de un trabajo en la ciudad y el cuidado de su familia por perseguir un ideal de desarrollo profesional. Pero atendiendo a la idea sobre la vida buena para sí, Ana optó por el justo medio, sopesó su responsabilidad familiar frente a su responsabilidad para consigo misma y dispuso; en una actitud digna de la virtud Aristotélica, en la que lo virtuoso “...consiste en una posición intermedia... determinada por la razón y tal como la determina el hombre [la mujer] prudente. Posición intermedia entre dos vicios, el uno por exceso y el otro por defecto.” (Aristóteles, 1999, p. 42), Ana Julia puso en balanza su vida familiar y su realización personal: evitó tanto exceso de apego y dependencia a su familia, como el defecto de cuidado a sus seres queridos que implicaría abandono y negligencia; también evitó el exceso de interés por su vida laboral, con el riesgo de ganar méritos y dinero a expensa de su hogar, como el defecto de cultivo académico y proyección profesional, que la llevarían a la frustración. No se quiere dar a entender que la decisión de ser madre y dedicarse al hogar sea una opción menos virtuosa que la vida centrada en el desempeño profesional, sin hijos y esposo; ambas son opciones virtuosas y representan opciones de realización y plenitud, pero para el caso de Ana Julia la virtud está representada en su empeño por verse como madre, esposa y profesional.

Viajando entre esteros. El cuidado parte de ver quién es el otro

Cuando Ana Julia narra sus travesías para llegar hasta lo profundo de los esteros en Iscuandé siempre resalta la solidaridad como motivaciones poderosas que le impulsan a enfrentar las dificultades: “la profe a la que acompañó dice que, en los años que lleva de docente, jamás había recibido

una visita del MEN, y menos de una colega”, “yo siento que puedo aportarle mucho a esta profesora, porque ella está allá solita y siempre recibe las formaciones con interés y gratitud”, “aunque es difícil dejar a mi familia y llegar a una zona tan complicada, siento que mi trabajo tiene mucho sentido porque ayudo a mejorar las condiciones de aprendizaje para muchos niños”, “yo siento que si no voy allá a acompañar a la docente, nadie va a estar interesado en seguir con la formación” (A. Baena, entrevista, 22 de noviembre de 2014). La voz de Ana Julia sugiere una mirada de la moralidad femenina con un lente femenino, pues el análisis de la moralidad asentada en el cuidado propuesta por Carol Gilligan, pone en evidencia las diferencias con la construcción moral apegada a la justicia como imparcialidad propuesta por Lawrence Kohlberg, moralidad que es más frecuente en los hombres. Mientras que la moralidad femenina aborda la justicia desde el reconocimiento de las particularidades de los otros, la moralidad masculina está más orientada a pensar la justicia como una forma de universalidad.

Aguía (2002) expone que para Kohlberg la moralidad se puede verificar al medir el desarrollo moral de los sujetos por medio de dilemas morales hipotéticos; la respuesta al dilema moral ubica a los sujetos de su investigación dentro de un rango de seis niveles que van desde la obediencia ciega a las reglas y el temor al castigo, hasta la conciencia personal de las acciones y la orientación hacia los principios universales. En esencia la propuesta de este autor descansa en una concepción kantiana que solo reconoce moralidad a las acciones que están motivadas por la buena voluntad, es decir que excluye la voluntad que tiene intenciones de alcanzar algún fin como el reconocimiento o la satisfacción de un interés personal; para Kant “La buena voluntad no es buena por lo que efectúe o realice,

no es buena por su adecuación para alcanzar algún fin que nos hayamos propuesto; es buena solo por el querer, es decir, es buena en sí misma” (Kant, 2004, p. 21). Una voluntad de este tipo permite que la moralidad tome un carácter universal pues, al menos en el plano teórico, los sujetos aíslan sus intereses y prefieren actuar con apego a las normas que siempre garantizarán neutralidad, pues no buscan el beneficio individual; este asunto queda expresado en la formulación del primer imperativo categórico kantiano: “... yo no debo obrar nunca más que de modo que pueda querer que mi máxima deba convertirse en ley universal.” (Kant, 2004, p. 28).

Esta idea de universalismo es retomada por Kohlberg para fundamentar el razonamiento de la justicia como imparcialidad. Para este autor no es tan importante la identificación del yo y del otro en las actuaciones morales pues los dilemas hipotéticos obedecen a los principios de moralidad que aplican para cualquier ser humano. Este asunto es explicado por Aguía (2002) como una actitud de Kohlberg en la que se adopta un punto de vista del otro en condiciones de “rol ideal” y aclara que “De este modo, si la teoría normativa de la justicia llama al “otro generalizado” se invalida el criterio de reciprocidad necesario para lograr una reversibilidad completa” (Aguía, 2002, p. 31), es decir, que si no hay un yo que interroge a un otro, no se puede tener un punto de vista para construir la reciprocidad moral, es por esto que “...la ética del cuidado rescata el valor de la alteridad bajo la noción del “otro concreto” y con ello salva el potencial para la comprensión del otro” (Aguía, 2002, p. 31).

En este punto Aguía (2002) resalta la forma en que Carol Gilligan presenta una discusión a Kohlberg al afirmar que los juicios morales femeninos están más orientados al cuidado que a un tipo de justicia que implica imparcialidad y que descono-

ce las particularidades del otro al que se le aplica la justicia según un parámetro universal; la autora también aclara que esta orientación no deben excluir a las mujeres del modelo desarrollo humano de Kohlberg. Sucede que la ética del cuidado explica de manera diferente el desarrollo pues describe las relaciones en términos de dependencia más que de equidad; mientras que Kohlberg busca garantizar la evaluación de principios y reglas desde la imparcialidad y universalidad, Gilligan "... explica la formación de la identidad sobre la base de experiencias de apego, en contraposición a experiencias de aislamiento e independencia" (Aguía, 2002, p. 24). Gilligan resalta, citando a Chodorow, que

"... la formación de la identidad femenina se define en relación y conexión con otras personas, más de lo que lo hace la personalidad masculina. Las niñas al percibirse similares a sus madres, se identifican con ellas, reconociendo indiferentemente la experiencia de apego con la formación de la identidad" (Aguía, 2002, p. 23).

Esta perspectiva ayuda a entender las posturas de hombres y mujeres que apoyan el machismo y que consideran que las acciones de cuidado, alteridad y sacrificio, más frecuentes en las mujeres, son menos valiosas que las acciones racionales de justicia por el deber de los hombres. La innegable desventaja derivada de ser mujer, esposa y madre, y con ello, del reconocer del cuidado como una capacidad moral con igual valor al de la justicia imparcial, toma otro matiz cuando se entiende que el saber sobre el desarrollo moral de las mujeres ha implicado una lucha frente al saber hegemónico sobre la moralidad masculina que ubica el cuidado por debajo de la justicia como imparcialidad. Y en la experiencia docente de Ana Julia podemos confirmar que las mujeres construyen lazos afectivos

fuertes y acciones concretas de cuidado; la cercanía con la docente del caserío de Iscuandé no es formal y neutral, es una identificación clara de una colega concreta con necesidades, intereses, potencialidades y proyectos.

El cuidado es una capacidad poderosa cuando se mira con detenimiento la cotidianidad del trabajo de Ana Julia: sentarse con su colega a leer y comprender los estándares, apuntar observaciones de las clases para luego reflexionar posibles vías para transformar la práctica de aula, ayudar a repartir los refrigerios, aplicar estrategias de matemática recreativa, preparar algunos alimentos y compartirlos, cargar a la hija de la colega y recordar que su hija está a más de 12 horas de viaje. Estas acciones íntimas están cargadas de sentido en la medida que muestran que cuidar a otro sacrificando el bienestar propio, es una capacidad más arraigada en las mujeres; y nuevamente cabe la aclaración: no se desconoce la capacidad que tienen los hombres de brindar cuidado, toda vez que hay padres que crían a sus hijos con cariño y protección sin la compañía una mujer; pero se resalta que como se mencionó antes, la tradición sociocultural sobre el cuidado ha formado más a las mujeres que a los hombres en la atención y reconocimiento del otro, en la solidaridad y el esfuerzo. Así la moralidad femenina construye primordialmente ideas sobre el bien identificando al otro que necesita su ayuda y esta forma de moralidad es al mismo tiempo una construcción cultural y un rasgo primordial en las capacidades con las que enfrenta la vida. Y se hace énfasis en lo cotidiano porque siguiendo a Martha Nussbaum (2012), la filosofía feminista occidental se ha centrado en los grandes hechos de la política y la religión que afectan a las mujeres, sin prestar mucha atención a las decisiones cruciales acerca de quién podrá tomar el té con leche y quién con azúcar, pues aclara que

“Es probable que muchas filósofas estadounidenses no tengan conciencia ... de que la cantidad de azúcar que se pone en el té cuesta menos que la cantidad de leche que se le agrega; ... Por tanto [el] proyecto filosófico feminista necesita comenzar orientando al lector de manera general acerca de las situaciones de las mujeres (especialmente de las mujeres más pobres). . .” (Nussbaum, 2012, p. 55).

Las mujeres pobres que acompaña Nussbaum en sus estudios sobre el desarrollo humano son representantes de las vivencias de las mujeres que en el tercer mundo son relegadas del mundo laboral, que es primordialmente para los hombres; en su cotidianidad se puede evidenciar que el cuidado es al mismo tiempo una elección de la madre y esposa que se entrega a su familia, y una exigencia social que obliga a las mujeres a la doble jornada trabajo fuera de casa (cuando lo consiguen) y trabajo en la casa porque es “su obligación”.

Las ideas de Nussbaum sirven aquí para aportar otro argumento que refuta la costumbre de asimilar el cuidado, la compasión, la solidaridad, e incluso la maternidad, como limitación y debilidad de las mujeres. Esta pensadora aclara que muchos enfoques que buscan evaluar la calidad de vida “... han fallado a menudo por ignorar los problemas que las mujeres reales enfrentan.” (Nussbaum, 2012, p. 112), y se basa en su contacto con mujeres pobres de la India, para resaltar el valor de su hacer cotidiano como capacidades. Nussbaum entiende las “...capacidades humanas [como] aquello que la gente es realmente capaz de hacer y de ser, de acuerdo a una idea intuitiva que corresponda a la dignidad del ser humano.” (Nussbaum, 2012, p. 32). En su listado de capacidades centrales para el funcionamiento humano, esta autora propone las emociones y la afiliación como parte de “... la base para determinar un mínimo social respetable

en una variedad de áreas” (Nussbaum, p. 117), con lo que se puede deducir que el cuidado no es una limitación sino una forma de hacer y de ser para reconocer la dignidad.

Con Nussbaum se confirma además que la costumbre de pensar a las mujeres como seres con limitaciones y desventajas se debe principalmente a que ellas

“... carecen de un apoyo esencial para llevar una vida plenamente humana. Esta falta de apoyo se debe a menudo al solo hecho de ser mujeres. De este modo, aun cuando vivan en una democracia constitucional... en teoría gozan de igualdad, en realidad, son ciudadanos de segunda clase” (Nussbaum, 2012, p. 31).

De regreso a casa. Las capacidades y la realización personal

La realidad para Ana Julia es esperanzadora cuando viaja de regreso a su casa. Viaja satisfecha por el deber cumplido, por el sentido de trascendencia que le confiere a su labor docente, porque deja a su amiga y colega empoderada de saberes y prácticas para mejorar día a día lo que hace en el aula, porque sabe que como mujer está atendiendo a los dos grandes retos de su vida: ser una profesional que aporta su saber y su hacer a la transformación de la educación, y al mismo tiempo, ser una madre y esposa que construye una familia sana y feliz.

Mientras pasan las horas en el transporte se da cuenta de la importancia de sembrar su juventud en una labor que aporta a la formación de docentes, niñas y niños. Al mirar los paisajes de la costa, la sierra y el valle se siente esperanza por un cambio en la vida de la generación que todavía sufre la guerra. Cuando llega a su casa Ana abraza a su esposo e hija y se siente completa, siente que su pequeña es tan importante como los cientos de niños que han

sido sus estudiantes o los que están esperándola en Iscuandé. Se siente satisfecha porque es una mujer en pleno uso de sus capacidades: cuidar a otros, mostrar afecto y compasión, compartir un saber profesional que ha construido durante años, pesar una realidad distinta para maestros y estudiantes, ser mamá y esposa. Y siente que en ella misma se hacen realidad los ideales de la capacidad: "... un ser humano... un ser libre dignificado que plasma su propia vida en cooperación y reciprocidad con otros..." (Nussbaum, 2012, p. 113). Con capacidades reales Ana le muestra a quien quiere entender que las mujeres no están limitadas por ser mujeres, que no sufre por las limitaciones y debilidades con las que las etiqueta el machismo, sino por la exclusión que las aísla de las oportunidades. Y con sus capacidades demuestra que las mujeres son una pieza indispensable en la construcción de una nueva realidad para Colombia.

En un viaje de ida y vuelta desde Cali hasta los más profundos de la costa pacífica nariñense, Ana Julia Baena nos da pistas para entender que la búsqueda de equilibrio entre el desempeño profesional y la vida familiar, el reconocimiento del otro en su complejidad, el apoyo y el compromiso con el cuidado, son capacidades que las mujeres cultivan aunque la sociedad limita sus oportunidades por el solo hecho de ser mujeres. Las acciones de las mujeres en la intimidad de la familia y en la cotidianidad del aula son indispensables para que Colombia encuentre un nuevo horizonte de paz, una paz que empieza por respetar sus derechos y reconocer sus capacidades.

Bibliografía

Aguía, A. (2002). *La obligación nace del cuidado*. Bogotá: Uniandes.

Aristóteles. (1999). *Ética Nicomaquea*. México D.F.: EDESA.

Dillón, A. (2015). *El Clarín.com*. Recuperado el 30 de mayo de 2015, de *A las mujeres, el título les sirve menos que a ellos*: <http://www.o-maternidad.org.ar/LinkClick.aspx?fileticket=S91iwvdVg-N0%3d&tabid=146&mid=787>

Formación, p. e. (abril - junio de 2013).

Formación (2013) DANE Boletín de prensa: http://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/ech/formacion/GEIH_FormacionTrabajo_abr_jun13.pdf

Gran encuesta, i. d. (8 de abril de 2015). DANE Departamento Administrativo Nacional de Estadística. Recuperado el 1 de junio de 2015, de http://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/ech/ech_genero/cp_sex0_dic14_feb15.pdf

Kant, I. (2004). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. México D.F.: Porrúa.

Mill, J. S. (1999). *La esclavitud de las mujeres*. Recuperado el 2015, de Biblioteca virtual Miguel de Cervantes: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/la-esclavitud-femenina--/>

Nussbaum, M. (2012). *Las mujeres y el desarrollo humano*. Barcelona: Herder.